



## ERIC CLAPTON

## Clapton. La autobiografía

**Traducción de Ezequiel Martínez, Global Rhythm Press, 2008, 344 pp. (Clapton: The Autobiography, Random House, New York, 2007)**

**E**n mi comportamiento observo una pauta que se ha mantenido durante años, décadas incluso: las opciones equivocadas eran mi especialidad, y cuando algo digno o decente se cruzaba en mi camino, siempre lo esquivaba o corría en dirección contraria.

ERIC CLAPTON

Fue una fría mañana del otoño del 1965 cuando una valla de la londinense estación de metro de Islington Station amaneció con una pintada provocadora. Si bien es verdad que los *graffiti* eran habituales en el suburbano de Londres, no es menos cierto que esta enigmática inscripción era diferente a todas las demás. En negro sobre blanco y con grandes caracteres, los tranquilos transeúntes que paseaban por la zona podían leer desde bien lejos una sentencia lapidaria, un enunciado corto y preciso que no dejaba lugar a dudas: “Clapton is God”, Clapton es Dios.

Luego llegaron más vallas, más estaciones de metro. Absorta y confundida, mucha gente se interrogaba por aquel tal Clapton, por quién era ese tipo y sobre todo, por qué se le deificaba de esa forma. No es de extrañar. Por aquel entonces, Clapton era un chaval delgado y tímido de 20 años que tocaba su guitarra en clubes y garitos de Londres. Pero ese mismo joven ya empezaba a despun-

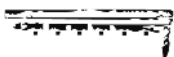
tar y algunos conciudadanos suyos no tardaron en darse cuenta, de ahí esa exagerada identificación divina.

Esta célebre anécdota es una más de las miles que jalonan una vida acelerada y vivida al límite, una auténtica “montaña rusa” emocional, porque ésa es la mejor metáfora para definir la trayectoria vital de Eric Patrick Clapton. Con la perspectiva que da el tiempo y con la madurez de los 63 años que le contemplan, Eric Clapton ha decidido no esperar más y contarnos su propia vida, no a través de una biografía concertada —no lo habría consentido nunca—, ni a través de una entrevista adulatoria, sino en primera persona, con una completísima autobiografía —334 páginas— que hará las delicias de sus incontables seguidores de todo el mundo, esos mismos que han hecho de *Slowhand* —Mano lenta— una celebridad del *rock*, un incuestionable icono de la música contemporánea. El resultado de esta confesión íntima ha sido este *Clapton. La autobiografía*, un libro editado en inglés en 2007 que ahora, y gracias a la editorial catalana *Global Rythm Press*, podemos disfrutar en castellano.

Y en verdad que podemos estar agradecidos por esta traducción. *Clapton* es una de esas obras cuya lectura te reconcilia con un género tan complicado como el autobiográfico. Las naturales precauciones que toma cualquier lector ante este tipo de volúmenes se desvanecen a poco que uno se adentra en sus páginas. Se comprueba que en ellas no hay exageración de ningún tipo, no se omiten —como sucede en muchos libros de memorias de celebridades y famosos— los pasajes más comprometedores y morbosos, las más desagradables y controvertidos, justamente los que hacen creíble este tipos de relatos, los que constatan que no es oro todo lo que reluce y que, como decía Cela, “no tenemos una doble vida, tenemos una múltiple vida”. En este sentido, no hay queja posible: *Clapton* es la crudeza pura, el relato vital de un hombre que sabe que, durante gran parte de su vida, su comportamiento fue de todo menos ejemplar. Pero así es la vida y así la ha querido contar Eric Clapton, sin tapujos, sin remilgos y sin parafernalia alguna, contando los hechos tal y como, según él, sucedieron, empezando por su “traumática” infancia y sus primeros pasos y acabando convertido en lo que es hoy en día.

Siguiendo un sencillo orden cronológico y dividiéndolo en capítulos que abarcan diferentes temas y períodos, Clapton sorprende al lector con una escritura agradable y liviana, pero tremendamente ordenada y excelentemente documentada. Si hay dos cosas que sorprenden del libro, una es, efectivamente, el enorme grado de certeza en los datos, pues son centenares los nombres de personas —o personajes, debería decir—, lugares, canciones, grupos y ciudades que aparecen citados en el libro. La otra característica que destacaría por encima de todas es la viveza del relato, la verosimilitud que logra transmitir Clapton a través del detallismo con que refiere innumerables anécdotas personales, la mayoría de ellas delirantes y surrealistas, con las que uno puede hartarse de reír. Lejos de convencionalismos y tópicos, Clapton muestra una franqueza inopinada, un sentido del humor áspero y corrosivo que le muestra tal y como es, con sus virtudes conocidas y sus defectos no menos públicos. Es la vida de Clapton, sin más. La vida de una estrella del rock al natural, sin aditivos de ninguna clase.

Es una vida compleja y poliédrica, inclasificable en el sentido de irreplicable, pero con ciertos elementos comunes, con determinadas conductas y actitudes prototípicas, propias de toda la mitología que envuelve al mundo de la música. Si tuviéramos que definir con una etiqueta la vida de Clapton contada por él mismo, no se me ocurre nada mejor que aquella célebre expresión acuñada en su día por el guitarrista de los *Rolling Stones*, Brian Jones, para describir el *way of life* de una estrella del rock que se preciara de serlo, “sexo, drogas & rock



## LIBROS



### ERIC CLAPTON Clapton. La autobiografía

and roll". Puede parecer poco original, incluso puede sonar a tópico, pero en este caso concreto no lo es. Esa tríada es la que ha marcado la vida de "Mano lenta": el sexo, que practicó con las varias novias que reconoce oficialmente y con todos los ligues —ciertamente incontables— eventuales que conocía en conciertos por medio mundo; las drogas, por la cantidad de cocaína y heroína que él mismo confiesa haber consumido a lo largo de su vida, y por supuesto, el *rock*, o para ser más exactos el *blues*, género con el siempre ha preferido identificarse. Este cóctel, mortal de necesidad para muchos artistas coetáneos de Clapton que no sobrevivieron como él para contarlo, fue durante muchos años "el pan nuestro de cada día" para el de Ripley, un hombre que —por lo que se desprende de su testimonio—, caminó siempre que pudo por lo que Lou Reed llamó "el lado salvaje de la vida".

Ya los inicios no fueron fáciles, desde que el pequeño Eric vino al mundo el 30 de marzo de 1945, en la localidad inglesa de Ripley, en el condado de Surrey. Hijo ilegítimo de la relación entre su madre Patricia y un soldado canadiense destinado en Gran Bretaña, Clapton no llegó a conocer a su padre biológico. Es más, su infancia la pasó en casa de sus abuelos maternos, pensando que ellos eran sus padres y que su tío Adrian era su hermano. La posterior revelación de la verdadera identidad familiar fue traumática para el joven Eric, que pronto descubrió lo complicada que podía llegar a ser la existencia. Se queja Clapton en varias páginas del sufrimiento que le provocó aquel fatal descubrimiento, aquella noticia que le amargó unos años de su vida, por lo demás bastante común en esos años. Eran años de colegio, de salir a jugar con sus amigos, a montar en bicicleta y a bañarse en el río. Como muchos otros artistas, dice de él mismo que fue un mal estudiante, que sólo mostraba interés por la disciplina artística, razón por la cual acabó matriculándose a los 16 años en la Kingston School of Arts, un paso importante de la niñez a la adolescencia, que marca un *impasse* en la vida de Clapton, que por aquel entonces ya era "un intérprete bastante hábil" que empezaba con sus primeras actuaciones en directo y se asomaba con impaciencia al mundo de la noche londinense: sus primeras peleas, sus primeras relaciones sexuales, sus primeras borracheras... Todo esto lo narra Clapton con una naturalidad pasmosa y con ese estilo tan personal y ese humor negro que le caracteriza:

En Kingston puse mis aspiraciones en una chica completamente fuera de mi alcance. Creo que era la hija de un político local de

Chessington. Se llamaba Gail y era una auténtica belleza morena, alta y voluptuosa con una melena negra larga y rizada.

La primera vez que la vi me pareció una chica muy fría, pero, tras observarla durante semanas, me di cuenta de que era bastante salvaje. Enseguida me obsesioné con ella, y de algún modo se me metió en la cabeza que para captar su atención lo mejor sería ponerme ciego a menudo, como si eso me fuera a hacer más atractivo o más varonil. Durante una noche cualquiera en Kingston me bebía diez pintas de cerveza negra Mackeson's, seguidas de ron con grosella negra y ginebra con tónica o naranja. Intenté aprender a frenar cuando estaba cerca de perder el sentido, pero una y otra vez acababa sintiéndome fatal y vomitando. No hace fatal decir que, como forma de cortejo, aquello fue un rotundo fracaso (p. 38).

Luego vinieron sus primeros grupos de juventud: los *Roosters*, luego los *Yardbirds* y, finalmente, su paso por los *Bluesbreakers* de John Mayall. Hasta llegar a *Cream*, su primer gran grupo y, quizá, el que le valió por primera vez un nombre a nivel internacional. Jack Bruce, Ginger Baker y el propio Clapton formaron un grupo de ensueño, acogido por la crítica sensacionalista del momento como el primer "supergrupo" en la historia de la música. Clapton dedica un capítulo entero a contarnos la gestación del conjunto, poniendo especial énfasis en el salto que dieron del circuito de salas de Londres, a su primera gira por los Estados Unidos, país ignoto que ejercía por entonces una enorme atracción sobre Clapton, quien se veía ya por las calles de la "Gran Manzana" vestido a lo Jon Voight en *Cowboy de medianoche*:

Estábamos muy emocionados. América era para mí la tierra prometida. A los ocho o nueve años había ganado en la escuela un premio a la diligencia consistente en un libro sobre Estados Unidos lleno de fotos con rascacielos, indios y vaqueros, coches y un montón de cosas más, y cuando supe que íbamos a ir, lo primero que hice fue enumerar todas las cosas que había soñado realizar si alguna vez viajaba allí. Me iba a comprar una chaqueta vaquera con flecos y unas botas de cowboy, por ejemplo. También me tomaría un batido y una hamburguesa (p. 85).

Pero no todo fue tan bonito durante esta primera gira americana de *Cream*. Los primeros coqueteos de Clapton con la bebida y las drogas estuvieron a punto de costarle un disgusto serio, a pesar de lo cómico de sus palabras:

Un día en Los Ángeles, cuando estaba con el guitarrista y cantautor Stephen Stills, mi carrera con Cream estuvo a punto de terminarse de repente. Stephen me había invitado a su rancho en el cañón de Topanga para ver un ensayo de su grupo, Buffalo Springfield. Fui allí con una chica, Mary Hugues, que era "la chica" en Los Ángeles. Nos pusimos cómodos mientras la banda calentaba. Fue una sesión ruidosa, y un vecino debió de quejarse a los polis, que empezaron a llamar a la puerta. No les costó mucho caer en la cuenta de que todos estábamos fumando hachís, ya que el olor era demasiado evidente y, cuando nos quisimos dar cuenta, nos estaban llevando a todos a la comisaría del sheriff de Malibú, y de allí a la prisión del condado de Los Ángeles. Era un viernes por la noche, y me metieron en una celda con un grupo de tipos negros que de inmediato concluí debían ser de Panteras Negras. Yo llevaba unas botas rosas de Mr.Gohill, una tienda de Chelsea, y el pelo me llagaba a la cintura, así que pensé: "Estoy en apuros" (p. 96).

A finales de los sesenta y con cuatro LP's como bagaje, ese "supergrupo" se desintegra. Clapton dedica sendos capítulos a su paso por dos nuevas formaciones por él mismo lideradas: *Blind Faith* y *Derek and the Dominos*. Pero para entonces, ya estamos en los setenta, pésima década a nivel personal en la

## LIBROS



### ERIC CLAPTON Clapton. La autobiografía

trayectoria de Clapton, que inicia paulatinamente su particular descenso dantesco a los infiernos del consumo masivo de heroína y la adicción imposible de controlar. Son los que Clapton llama “los años perdidos”. Una serie de sucesos concatenados, un cúmulo fatal de desgracias y reveses, llevarán al guitarrista de Ripley al borde mismo del abismo. La muerte de su amigo Jimi Hendrix el 18 de septiembre de 1970 marca el inicio de este “vía crucis” particular, al que se añadirá después el ingreso en el hospital y el posterior fallecimiento de su abuelo, el mismo que le había cuidado como a un hijo. Pero por encima de todo esto, se eleva una figura, la de la modelo Pattie Boyd, a quien Clapton había conocido años atrás siendo esposa de su gran amigo George Harrison, y de quien se había enamorado locamente en un arrebato pasional que acabaría convirtiéndolos en pareja años después.

En ese *annus horribilis* que transcurre entre finales de 1970 y principios de 1972, Clapton se encontró con un amor no correspondido. Ni siquiera las canciones hicieron que Pattie se separara de Harrison. Y digo las canciones porque Clapton llegó incluso a grabar un disco inspirado y basado en su amor por esa mujer inalcanzable. ¡Y qué disco! Ese *Layla And Other Assorted Love Songs*, editado en diciembre de 1970 es, para gran parte de la crítica, uno de los mejores trabajos de Clapton. El disco incluía la mítica y hoy archiconocida *Layla*, una canción puramente autobiográfica, con una destinataria específica que no era otra que Pattie. Pero ni por esas. La negativa amorosa se unió a esa serie de infortunios, lo que condujo directamente a la senda de la heroína, senda que Clapton recorre y describe crudamente en el relato de su vida:

Durante más o menos un año disfruté a fondo de la heroína, tal vez porque la consumía en raras ocasiones mientras me consentía montones de coca y otras drogas además de la bebida. Pero súbitamente pasé de tomarla cada quince días a hacerlo una vez por semana, luego dos o tres veces por semana y finalmente una vez al día. Fue muy artera: tomó el control de mi vida sin que yo llegara a enterarme (p. 137).

Poco a poco pareció recuperarse. Vinieron nuevos discos —algunos de ellos con notable éxito, como *461 Ocean Boulevard* (1974) o *No Reason To Cry* (1976) y, sobre todo, vino su reencuentro con su amada Pattie, que había roto su matrimonio y se había trasladado a Los Ángeles, donde pronto inició una relación con Clapton que acabaría en un matrimonio en 1979, celebrado en Tucson, Arizona. La vida parece sonre-

írle y sus palabras desprenden un aroma a felicidad, a vivir en un mundo que ya nada tiene que ver con esos años tenebrosos de principios de la década. Nada más lejos de la realidad: abandonar la heroína y engancharse al alcohol fue todo uno.

Detrás de esa apacible estampa de hombre nuevo, se escondía un secreto a voces: Clapton era alcohólico. Como él dice, la heroína ya no formaba parte de su vida, pero no estaba totalmente curado, sino que se había limitado a “pasar de una sustancia adictiva a otra”, a una sustancia que ha marcado su vida. El problema de la heroína había ocultado, por su gravedad, otro que parecía menos serio, menos dañino para su salud. Pero la verdad es que la década de los setenta estuvo para Clapton —y nunca mejor dicho— inundada por el alcohol. No había gira o grabación que se preciara, que no fuera acompañada de borracheras antológicas, de litros y litros de todo tipo de brebajes:

No me preocupaba demasiado lo que pensara la gente; estaba borracho la mayor parte del tiempo, divirtiéndome, haciendo el tonto y jugando con los chicos. Como a la mayoría de los alcohólicos que he conocido, a mí tampoco me gustaba el gusto del alcohol, así que lo mezclaba con algo suave, como ginger-ale o Seven-Up. Bebía sin parar, y me daba igual si había actuación o no esa noche, ya que siempre estaba seguro de que podría manejarlo. Por supuesto, muchas veces no podía, en cuyo caso me limitaba a salir del escenario dando tumbos, y alguien, normalmente Roger, tenía que intentar convencerme para que volviera (p. 161).

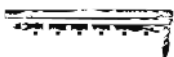
Junto a esta experiencia personal con el alcohol, narrada en primera persona, *Clapton* nos ofrece también una panorámica más ampliada, cuando rebasa los límites autobiográficos, para rebelarse como una auténtica crónica social de una época. Eric Clapton combina muy bien esta superposición de planos, entre lo que es su caso particular y el contexto más general del momento. En este sentido, el autor describe con ese humor cáustico que ya hemos constatado, y sin ponerlo como excusa en ningún caso, cómo el alcohol se había apoderado del ambiente que rodeaba al negocio musical en los setenta, una época de *glamour* y desenfreno, donde todo valía para vivir al límite, sin reservas, sin avergonzarse por tener una actitud de supuesto rockero auténtico:

Una borrachera post-sicodélica pareció inundar todo el negocio del espectáculo a principios de los setenta. Si subías a un escenario, prácticamente lo menos que se esperaba de ti era que estuvieras borracho. Recuerdo que hice una actuación entera tendido en el escenario con el pie del micrófono tumbado a mi lado, y nadie se inmutó. Tampoco se oyeron muchas quejas, probablemente porque el público estaba tan borracho como yo (p. 161).

A principios de los ochenta, Clapton confiesa haber tocado fondo. Después de su paso por la Hazelden Foundation, una clínica de desintoxicación de Minnesota, ve por fin una tenue luz al final del túnel e intenta salvar un matrimonio ya por entonces muy deteriorado. No lo logra. Una previsible recaída en la bebida provoca la ruptura total y definitiva con Pattie y, en cierto modo, el final de un ciclo en la vida de Clapton que, sin embargo, siguió siempre adelante con su carrera musical y el amor por su guitarra, lo único, según él, que le salvó de una muerte segura. Conocería a más mujeres y sacaría nuevos discos, e incluso tendría unos años de fugaz felicidad, junto a su hijo Conor, nacido de su relación con la italiana Lori del Santo.

El pequeño Conor, nacido en agosto de 1986, marca un hito en su autobiografía. Pese a que la relación entre Eric y Lori ya no funcionaba, este nacimiento parecía llegar en el momento justo, como una tabla de salvación a la que agarrarse y como el mayor motivo para alejarse de una vez por todas del alcohol.





## LIBROS



### ERIC CLAPTON Clapton. La autobiografía

Así lo entendió su padre y así lo cuenta en el libro. La muerte del pequeño con apenas cinco años, en un trágico accidente al caer de un apartamento en un rascacielos de Nueva York, dejó a Clapton en un estado de *shock*, sin capacidad de reacción y con una rabia e impotencia acumuladas, plasmadas después en *Tears in Heaven*, la preciosa y emotiva canción que dedicó a su hijo y que se ha convertido con el tiempo en una seña de identidad para el de Ripley.

Pese a las terribles secuelas que le quedaron, el destino y la música le reservaban una sorpresa inesperada. Ironías de la vida, un cantante reconocido por su manejo inigualable de la guitarra eléctrica como Clapton, logró el mayor éxito musical de su carrera con un álbum en formato acústico, grabado con una guitarra Martin. Fue en 1992 cuando la MTV invita a Clapton a grabar un concierto en el formato acústico de la cadena, un *Unplugged*. El resultado no fue del todo de su agrado, pero las cifras hablan solas: el disco vendió más de diez millones de copias y Clapton ganó ni más ni menos que seis premios Grammy gracias al *Unplugged*, un disco recopilatorio con sus éxitos de siempre, un resumen de toda una vida.

Años después emprendería Clapton dos nuevos proyectos con la intención de sentar definitivamente la cabeza. Por una parte, la creación del *Crossroads Centre* en la isla caribeña de Antigua, como un centro de desintoxicación financiado por Clapton y como una forma de saldar una deuda personal que él creía contraída con todos aquellos que le ayudaron a salir finalmente del alcoholismo. En segundo lugar, su relación con Melia, una joven americana a la que Clapton conoció en una fiesta benéfica y que terminó convirtiéndose en la actual esposa del cantante, con quien tiene tres hijas y con quien dice haber compartido los diez mejores años de su vida.

En ese punto cronológico y vital, como un feliz padre de familia numerosa, casado y medio retirado de la vida pública, termina *Clapton. La autobiografía*. Un relato que impresiona por su franqueza, que conmueve por su inclemencia. Como dice en la contraportada del libro, Clapton ajusta cuentas consigo mismo, con su propio mito. Si es verdad, sin embargo, que, frente a la minuciosidad con que describe algunos pasajes, otros los aborda por encima, desde un punto de vista demasiado distante y con una frialdad hasta cierto punto incomprensible. Sólo dedica unas breves líneas a un episodio tan triste y desconocido hasta ahora, como el intento de suicidio que protagonizó tras la ruptura de su matrimonio con Pattie y el fracaso de su relación con Lori del Santo. Se limita a con-

tar que se tragó un bote entero de Valium, con la inequívoca intención de suicidarse, pero al día siguiente se despertó como si nada. No da más datos ni más explicaciones. Lo mismo sucede con la noticia de su primera hija —anterior al nacimiento de Conor—, una niña llamada Ruth, que Clapton tuvo con una joven llamada Yvonne, a la que conoció durante una de sus giras americanas. Clapton cuenta cómo recibió la noticia de ese embarazo no deseado, cuando la relación ya estaba rota, y a través de una aséptica carta, en la que la madre simplemente le informaba, sin pedirle ningún tipo de implicación en el tema. Dentro de lo pasional y emocional del libro, sorprende la frialdad con que Clapton describe este episodio y su reacción, o mejor dicho, su falta de reacción ante un tema tan serio como la paternidad, por muy inesperada que ésta fuera.

Aún así, sí es verdad que son episodios aislados dentro una historia personal contada con mucho sentimiento, con humanidad y una enorme cercanía al lector. A sus 63 años y convertido en “un cascarrabias de los pies a la cabeza”, “prácticamente sordo” y con una forma física “deplorable”, Clapton se confiesa en esta extraordinaria autobiografía. Nadie mejor que uno mismo para mirar atrás y hacer balance de una vida intensa, vivida siempre en el filo de la navaja, con momentos de tensión, de genialidad e irresponsabilidad, de una notoria y patente falta de madurez. Pero todos esos Claptons están en este *Clapton*, todos esos hombres están en este hombre único, en este autorretrato genial. Cada lector se quedará con una imagen —tiene unas cuantas para elegir—, con una cara de ese poliedro. Yo personalmente, me quedo con la cara buena, con esa imagen de Clapton que me viene a la cabeza cada vez que escucho los primeros acordes de *Layla*, montado en un escenario y haciendo lo que mejor sabía hacer, con su inseparable Fender Stratocaster. Ese Clapton que, si hacemos caso a la lista que publicada en 2003 por la revista *Rolling Stone*, puede ser considerado como el cuarto mejor guitarrista de la historia del rock. Ese es el Clapton que yo conocía antes y el mismo al que quiero recordar después de leer *Clapton. La autobiografía*.

**Francisco Fuster García**